

supuesto sin que ninguna de las dos partes tuviese intención de cumplirlo sino mientras le conviniese.

Marchó pues Leon con su ejército; derrotó al hijo de su contrario que quiso detenerle, y conquistó á Nicomedia. Entonces Teodosio abdicó y se retiró con su hijo á un convento de Efeso, donde profesó, y Leon se sentó en el trono el 25 de marzo de 717 con el nombre de Leon III.

Pronto dió pruebas de ser el hombre que el imperio necesitaba. El califa y sus generales se consumían en deseos de hacer su entrada victoriosa en la ciudad mas soberbia, mas grande y mas importante de la cristiandad. Como habian llevado sus pendones victoriosos desde Ferganá y la Aracasia hasta las columnas de Hércules y los Pirineos, creían llegado el momento de apoderarse tambien sin mucho trabajo de la magnífica Constantinopla que habia visto ensangrentadas sus calles y el palacio imperial en los últimos veinte años por seis revoluciones y otros tantos destronamientos.

Antes de verse Leon dueño de la capital, Maslama habia roto el armisticio y se habia echado sobre la Bitinia; despues habia tomado la plaza de Pérgamo construida por Teodosio y pasado allí el invierno. En la primavera de 717 atravesó los Dardanelos cerca de Abidos, desde donde se movieron las masas árabes en dirección de Constantinopla. Pronto apareció tambien en el mar de Mármara una numerosísima escuadra procedente del Egipto y de la Siria, y el 15 de agosto del mismo año empezó el formidable ataque de la capital por mar y tierra.

Pero el nuevo emperador Leon habia hecho con tanto esmero sus preparativos; el valor de los soldados fué tan grande; las maniobras de los patrones de los brulotes y de los artilleros tan perfectas, auxiliados además por temporales violentos, que los árabes no consiguieron nada por tierra, mientras su escuadra sufrió grandísimas pérdidas. Maslama, á no ser por la obediencia ciega que tenia á las órdenes terminantes de su hermano el califa, habria abandonado el sitio antes de la entrada del invierno; pero le pasó allí, y para mayor desgracia fué excepcionalmente frio, inclemente, nevoso, largo, y por lo mismo terrible para los árabes en cuyo campamento hizo innumerables víctimas.

El 22 de setiembre murió súbitamente el califa Suleiman, sucediéndole en el califato su primo Omar II que reinó desde aquel año 717 hasta el mes de febrero de 720. Omar, en la primavera del año 718 envió una nueva escuadra á Constantinopla para cubrir las bajas sufridas por la primera; pero quedó tambien destruida en su mayor parte, ya por el horrible fuego marino de los griegos, ya por la traicion de sus tripulantes cristianos. A estas desgracias se añadieron otros descalabros y aun horrores. Los destacamentos que recorrían la provincia de Tracia para forrajear, fueron destruidos por los búlgaros, y los enviados al Asia Menor por las tropas imperiales regulares de Nicea y de la Nicomedia; pero estos desastres nada fueron, comparados con los horrores que causaron el hambre y las epidemias. Al año de haber empezado el sitio, en 15 de agosto de 718, tuvo Maslama que levantarlo; el ejército terrestre terriblemente reducido fué trasladado á la Propóntide meridional, y desde allí tomó el camino de Damasco, mientras la escuadra, dirigiéndose al Egipto, fué sorprendida en el mar Egeo por una tempestad tan espantosa, que quedó casi enteramente destruida, y los buques que se libraron del naufragio fueron capturados y destruidos por los griegos de las islas, de suerte que de cerca de 2,600 buques de guerra y de transporte regresaron solamente 5, y de los 180,000 hombres de que constaban las fuerzas terrestres y marítimas de toda la expedición, se dijo que solo volvieron 40,000. Esta fué la derrota mayor que el islam habia sufrido hasta entonces; y para el nuevo empera-

dor y la dinastía que fundó, fué un título de inmarcesible gloria, despues de tantos reinados desgraciados y vergonzosos.

## CAPITULO II

### LA CIVILIZACION BIZANTINA

El que sigue superficial y rápidamente, como es general costumbre, la historia del imperio bizantino, principalmente desde las grandes campañas de Belisario hasta la lucha heroica de Leon III contra todo el poder del califato, y mas todavía hasta el exterminio de los búlgaros por el férreo Basilio II en el siglo XI, llega á creer que la vida de estos sucesores de los antiguos romanos y helenos se pasó entre intrigas palaciegas, controversias y contiendas dogmáticas, trabajos diplomáticos sutilísimos y principalmente en guerras y revoluciones. Todo esto es en el fondo verdad; porque las embestidas é invasiones de tantos pueblos bárbaros, sin cesar renovadas á pesar de los cientos de millares de individuos que perecían de hambre en las marchas y en los campos de batalla, obligaban al imperio bizantino, como habian obligado al romano, á tener siempre un inmenso ejército en pié de guerra y una administracion vasta, activa y capaz para rechazar á los unos, grecizar á los otros y asimilarse á los ya admitidos. Todo esto reunido no ha podido menos de dar un carácter especial á los bizantinos que les distingue de todas las demás naciones hasta el tiempo de los Comnenos; pero no es el carácter agrio, sombrío é insociable que segun muchos han querido suponer, reemplazó al genio alegre, vividor y sereno de los griegos de la antigüedad, porque jamás fué general ni permanente; y el odio á todo lo que era extranjero, que aun hoy los griegos modernos conservan en gran parte con otros vicios peores todavía, solo empezó á manifestarse desde el cisma religioso y adquirió toda su fuerza á consecuencia de la cuarta cruzada, tan fatal para los bizantinos.

Es innegable que en el dilatado imperio romano oriental se desarrolló un genio nacional, variado y enérgico, bien que no podamos siempre simpatizar con sus manifestaciones. Tampoco nos gusta siempre el genio, no menos fecundo y exuberante, del pueblo italiano de la Edad media, por ser como el bizantino tan diferente del nuestro, de nuestras costumbres é ideas; pero esto no disminuye en nada el mérito que tiene y el interés particular que merece la civilización bizantina, única en el mundo por ser una mezcla enteramente original y en su esencia admirable, de elementos de la antigüedad romana y griega, con otros orientales, eslavos, de la Edad media, eclesiásticos y profanos, civilizados y bárbaros.

Uno de los legados principales que el mundo bizantino heredó del antiguo fué la idea de entidad social, de agrupación política individual, cualidad que no puede negarse al imperio bizantino, á pesar de sus muchos rasgos particulares repugnantes y feos, y que apenas otra nación alguna podia pretender en la Edad media. Como entidad política unida, bien organizada, bien administrada y sólidamente eslabonada y trabada, no cedió este imperio en nada á las naciones modernas. Otro legado no menos importante del mundo antiguo fué su civilización, tesoro inmenso de todos los conocimientos técnicos, artísticos, sociales y militares, de todos los elementos en fin de una cultura, resultado de la experiencia acumulada de innumerables siglos, y sobre todo de una gran parte de las obras mas nobles y elevadas de la humana inteligencia. Si el imperio bizantino no aumentó este tesoro, por lo menos supo conservarlo, para legarlo á su vez á otras

generaciones todavía remotas, aunque influido por la Iglesia y dirigido y conservado por ella, en lo cual estriba justamente el rasgo mas característico del genio bizantino.

Aquí entra la cuestion de las causas que imprimieron su carácter especial por espacio de siglos á la vida interior de los bizantinos; pero nos faltan casi todos los datos necesarios para resolver esta cuestion y saber cuál era durante el siglo V la vida del pueblo en el imperio de Oriente, así en las ciudades como en las aldeas y en el campo, y de qué modo lento y silencioso la victoria del cristianismo que al principio no era perfecta sino exteriormente, se fué consolidando y llegó á hacer penetrar la nueva creencia en los sentimientos y en la educacion individuales. Solo sabemos que, fuera de algunos puntos aislados, quedó concluida en el siglo VI la transformación del espíritu antiguo en el nuevo. Salvo una ú otra persona de la clase culta é instruida, que conservaba su afecto interior al genio del mundo que se iba, y miraba con fria é irónica indiferencia lo que le reemplazaba con sus nuevos intereses que giraban al rededor de los de la Iglesia, y prescindiendo de algunas comarcas como las del extremo meridional de Laconia en Grecia, donde se mantuvieron los cultos gentilícos hasta fines del siglo IX, el cristianismo habia quedado vencedor en todo el imperio romano de Oriente. Sin embargo, en muchísimos puntos, principalmente en las poblaciones genuinamente helénicas, la nueva religion se habia acomodado mas ó menos á las condiciones especiales de la población, adoptando gran número de usos y costumbres, hábitos de vida, festividades, formas de culto, santuarios, procesiones, héroes é ideas populares gentilícos, todo mas ó menos trasformado y cristianizado, y no pocas veces contentándose con solo cambiar el nombre, ó aplicarles un ligero barniz cristiano, en cuyo estado se han conservado hasta hoy en todos los países.

Tan grande fué la pasión por las cuestiones religiosas y los intereses eclesiásticos en todo el imperio bizantino, que el movimiento intelectual, tanto en la capital como en todas las ciudades de provincia, vino poco á poco á girar casi exclusivamente al rededor de la Iglesia, como no se ha visto jamás ni de una manera aproximada en ningun país del Occidente. La religion, la teología y la Iglesia eran las tareas favoritas de todas las inteligencias; á ellas se adaptaban los estudios científicos, la política, la jurisprudencia, y la oratoria, que de gentilica y política se trasformó en sagrada. El campo religioso era el único donde los genios ambiciosos, anhelando gloria y fama, que no cifraban sus esperanzas en empleos civiles ni militares, podían adquirir laureles; solo en este campo existía una opinion pública poderosa, y habia de consiguiente partidos con sus contiendas, polémicas y pasiones, que fuera de la religion en ninguna otra parte podían manifestarse á no ser en las carreras del Circo. Las grandes luchas de partido que en otros países han llegado mas de una vez á ser una calamidad nacional, eran en el imperio bizantino una condicion general de vida, presentándose mas ó menos enérgicas y exuberantes segun las circunstancias y llegando en ciertos casos á conmover en apariencia los cimientos del imperio. Esto sucedió con la prolongada contienda entre iconoclastas é iconófilos, y despues con la guerra dogmática con Roma que acabó en el gran cisma que todavía existe. La dialéctica sutil y la teología mística que los pueblos semíticos sometidos al imperio habian conservado y llevado al cristianismo; la tendencia á recrearse en especulaciones filosóficas y metafísicas distinciones, que los descendientes de los antiguos helenos habian heredado de sus mayores, juntamente con el vuelo de una riquísima fantasía; lo que de los bizantinos habian aprendido los pueblos grecizados; lo que de todo esto habian salvado para los siglos en que la religion

y sus intereses formaban la base de la vida intelectual, y en que tenia mas importancia la fe correctamente ortodoxa que la moral y la virtud; todo esto formó cabalmente el conjunto que constituyó el genio y la atmósfera bizantinos. Así estas luchas y estos problemas dogmáticos adquirieron un desarrollo tan poderoso y una importancia tal, que entusiasmaron á millones de personas, ignorantes é inteligentes, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, y llegaron á hacerse en momentos dados, y á veces con inconcebible rapidez, cuestiones nacionales, de vida ó muerte para los gobernantes. Estas luchas dogmáticas que se efectuaron de una manera parlamentaria en los grandes y pequeños concilios, excitaron un movimiento que fué el verdadero elemento de vida y la fiel expresion del genio nacional, y de consiguiente la satisfaccion mayor y el recreo de los bizantinos, los cuales daban mas importancia á estas cuestiones que á las durísimas y grandiosas luchas de sus legiones con los innumerables bárbaros en las cuencas del Danubio, del Estrimón ó de los Balcanes, y que á las impetuosas é irresistibles masas mahometanas.

Este mismo espíritu daba el tono á la educacion y una influencia decisiva á la Iglesia, que monopolizó completamente toda la instrucción eclesiástica y profana. Cuando los generales de los califas habian ya arrebatado al imperio toda la Siria con sus grandes capitales, y todo el Norte de Africa; cuando en el año 529 se destruyó la universidad de Atenas, último baluarte de la sociedad y de la ciencia antiguas, y cuando los emperadores iconoclastas conmovieron todos los ánimos con esta nueva y terrible contienda eclesiástica; entonces, mucho antes de que estallara el gran cisma que dividió para siempre la Iglesia en las dos ramas occidental y oriental, la Iglesia de Constantinopla era ya el dueño absoluto de la educacion é instrucción en todo el imperio. Siendo Constantinopla la ciudad mas rica en monumentos, obras de las artes plásticas y bibliotecas, tenia las escuelas mas notables de gramática, retórica, filosofía y leyes, y reunia en su seno los varones mas eminentes en todos los ramos del saber. A todas las ciencias, menos á la jurisprudencia y las llamadas exactas, imprimió la Iglesia el sello que la literatura y la enseñanza europeas han conservado hasta la época moderna; y desde entonces en la filosofía predominó tambien en absoluto la escuela aristotélica sobre la de Platon.

Desaparecieron las academias y escuelas del mundo antiguo; y en el lugar de los centros de instrucción de la edad clásica griega, se abrieron en todas partes escuelas cristianas dirigidas por el clero, que fué en adelante el conservador de los tesoros literarios y científicos heredados de los antiguos. El clero fué el encargado de las bibliotecas, y sacaba copias de las obras que mas le gustaban y mas convenientes le parecían para sus establecimientos de instrucción; el clero en todas las épocas porque atravesó el imperio bizantino, fué el representante de la ciencia y de la literatura; de sus filas salieron los autores mas notables, y á los conventos se retiraron con preferencia los grandes hombres de Estado y los mas elevados personajes de la administracion y de la corte, para dedicar el resto de su vida á las letras, á la sombra tranquila aunque no siempre segura, del claustro.

Profesores y maestros asalariados por el gobierno difundían la instrucción; y en Constantinopla sostenia el Estado un gran instituto central con una biblioteca ricamente dotada cerca de la basílica de Santa Sofia. Doce eclesiásticos con un rector á su cabeza que llevaba el título de *ecuménico* constituían el cuerpo director de la enseñanza, cuyos dictámenes en las cuestiones eclesiásticas formaban tambien una especie de autoridad. Los libros de texto oficiales eran la Biblia, ciertas obras de los Padres de la Iglesia; Homero, Hesiodo, Píndaro, los tres grandes dramaturgos de la edad de oro de